

ERNESTO MONTENEGRO

CONSELHEIRO, EL SANTO ENDEMONIADO DE LOS SERTONES

El presente trabajo es resumen de una de las conferencias que, bajo el rubro general de "Libros que han hecho historia", dio su autor en octubre y noviembre recién pasados en la sala de actos de la Biblioteca Nacional, bajo los auspicios de la Dirección de este establecimiento. (N. de la D.).

EL BRASIL, donde todo es enorme: los ríos, la selva, la fauna y la flora tropical, es también un país de contrastes. A espaldas del litoral Nordeste, hacia el interior del Estado de Bahía, de Pernambuco a Parahyba, la vegetación va perdiendo su fuerza a medida que el suelo soliviantado se encrespa en loma-jes resecos y serranías donde crecen apenas plantas espinudas, tunales y quis-cos. Es el páramo. En las palabras del naturalista Saint-Hilaire, "existe allí toda la melancolía de los inviernos, con un sol abrasador y los bochornos del verano". Las gentes, igual que el ganado montés, participan del aspecto macilento y desnutrido de la tierra. Las escasas poblaciones que por ahí lograban arraigar eran simples aduares del desierto, un puñado de casuchas de madera y carrizo, revestidas de barro, con algunas pieles de oveja por camastros.

Así se había ido formando allá por 1890, a unos 400 kilómetros de la costa atlántica, el pueblo de Canudos, dentro de los meandros del Vasa Barris, uno de los escasos cursos de agua que se hinchan hasta salirse de madre en la estación lluviosa y luego casi desaparecen en el pedregal de su lecho a consecuencia de las largas sequías. En ese terreno y en ese ambiente iba a producirse, en unos cuantos años más, uno de los episodios más sangrientos del conflicto entre la barbarie y la civilización en América. Y la brutalidad de la lucha no quedaría de ningún modo confinada a uno solo de los bandos.

De ahí la significación sintomática del encuentro, y el valor excepcional del libro que condensa sus pormenores. En "Los Sertones", de Euclýdes da Cunha, nos queda una de esas obras literarias que han hecho historia, una obra que por su vigor, su humanidad y su amplitud de miras, se alza como una advertencia en la escena continental.

"Os Sertoões" es un grito de indignación, de amargura y de piedad. Es el legado de un gran patriota, en el más alto sentido de la palabra. A semejanza del *Facundo*, de D. F. Sarmiento, denuncia los males de su país porque le duelen en carne propia, y anhela ver a los mejores dirigiendo sus destinos. Aparecido en 1901, apenas tres años después de consumado el desastre de los adeptos de Conselheiro, el libro de Da Cunha causó inmensa sensación en el Brasil, y fue el brote germinal de toda una literatura de investigación y examen de las fuentes nativas; más tarde debía esparcirse en traducciones por Europa y América, estimulando el celo reformador, remeciendo las conciencias. En México, en Bolivia, en Chile y Argentina, hombres reflexivos y batalladores del tipo de J. Vasconcelos, de Alcides Arguedas, Nicolás Palacios y Lisandro de la Torre, se aplicaron a la tarea de denunciar las fallas de los políticos, la incuria de las masas, la anarquía económica, la superstición y la ignorancia en los pueblos.

Pero el talento y la pasión del brasileño calan todavía más hondo. En lo político, llevan a pensar en el estudio magistral de Alexis de Tocqueville sobre la democracia en Estados Unidos, porque también a aquél le toca asistir a una de las crisis de crecimiento de las instituciones republicanas en el Nuevo Mundo. A la abolición de la esclavitud en el Brasil había seguido, en 1889, el fin de la monarquía y la proclamación de la república. El régimen imperial y monárquico se enseñorea de la imaginación, halaga el amor propio nacional y se asienta en las costumbres; el sistema republicano, en cambio, exige para su permanencia una opinión pública más ilustrada y un mayor sentido de responsabilidad individual.

En consecuencia, esa república fuerte y compacta, que fuera posible por cierto tiempo en Atenas o en Roma, había de ser una riesgosa aventura y un precario experimento en el inmenso escenario desconectado y casi despoblado del Brasil. Comenzando por su sistema fluvial que huye tierra adentro, para dirigirse más adelante al sur y al norte, a desaguar en el Plata y el Amazonas, el dilatadísimo litoral brasileño no posee otra vía de comunicación interior que el río San Francisco, navegable sólo en parte. Eso tiende a fomentar el regionalismo, las rivalidades entre Estados y aun la secesión po-

tencial. Así se explican dos cosas: que la colonización de su territorio se limitara por más de tres siglos a la zona periférica del Atlántico, y que ahora, a pesar de una inflación muy aguda, el país esté empeñado en la costosa empresa de crearse una capital federal en una posición más equidistante dentro de sus fronteras. Con ello se espera llevar hacia todos sus ámbitos las fuerzas expansivas del progreso, el ensanche de sus ferrocarriles y caminos, la explotación de sus recursos naturales a lo largo y lo ancho de esos Estados-imperios que se llaman Mato Grosso, Marañón y Amazonas.

Un reflujo de la historia

La rebelión de Canudos sería una de las consecuencias del desarrollo accidental de muchos de los países americanos. Durante toda la época colonial, la inmigración a Iberoamérica estuvo prohibida, salvo para los naturales de la metrópoli y algunos extranjeros escogidos dentro del credo católico. Más tarde, bajo el imperio, Brasil continuó la obra de sus *bandeirantes*. La población se diseminaba en una serie de arranques impulsivos, dejando el arraigo subsecuente al acaso. El pastoreo del ganado vacuno, el laboreo de las minas en ciertas comarcas del interior, eran las fuentes principales de subsistencia, puesto que a la agricultura le faltaba el recurso capital de buenos medios de transporte para poder valorizar y distribuir sus productos.

La pobreza y el atraso eran los signos acusadores de ese abandono, con sus concomitantes, la ignorancia y la superstición. Nadie, o casi nadie sabía leer. Las industrias domésticas se reducían a lo elemental. Durante la Colonia se habían recibido por lo menos ciertos elementos cultos de aquellas regiones de Africa donde imperaba de antiguo la cultura arábica. Mientras la mayoría de los propietarios de origen portugués permanecían analfabetos, algunos de sus esclavos podían llevar la contabilidad y la correspondencia en sus ingenios y haciendas.

¿Cómo se explica entonces que dentro de ese vastísimo territorio preñado de riquezas explotables, una colonización esporádica de gentes sin oficio ni disciplina se propagara por los Sertones del interior, o sea los territorios de suelo pobre y vegetación escasa? Por eso mismo, probablemente. Así como en los confines de la pampa bonaerense se asilaron el ganado bravío y el gaucho redomón, el "sertao" brasileño fue la Tierra de Nadie donde hallaron ambiente propicio los fugitivos de la justicia y los inadaptados y demás "irregulares" que andaban en busca de un pasar cualquiera con que poder vivir a su antojo. Volvía a imperar allí la ley del más fuerte; el robo no era casi

una falta, pues no había deslindes precisos para la propiedad, y la falta de un orden superior dejaba cundir las rivalidades lugareñas y la "vendetta" a muerte.

Tal fue el ambiente donde se formó o desformó la naturaleza de Antonio Méndez Maciel, más conocido por el nombre de guerra de Conselheiro, o Consejero. Nacido a mediados del siglo pasado en un poblacho del Estado de Ceará, desde temprana edad se vio comprometido en las reyertas de familia o de partido. La leyenda desfigura o abulta luego su oscura personalidad. Como en la historia de San Julián el Hospitalario, se le atribuye la muerte de su madre, por haberla confundido, en un rapto de celos, con su propia mujer. De entonces vaga de lugar en lugar, hasta aparecer hacia fines de siglo en los sertones del interior de Bahía, convertido ahora en predicador libre y seguido por una pandilla de fanáticos con los que se ayuntan malhechores y mujeres de mala vida.

La caída de la monarquía y el establecimiento de la república le da asidero para formalizar su campaña de propaganda, encarándola a la rebelión contra el gobierno democrático, al que denuncia como un régimen de gobierno "para perros". En cada caserío miserable del camino se detiene a fundar una capilla y reclutar nuevos adeptos. Un hombre fornido marcha a su lado llevando a cuestas una gran cruz de madera. Como otros maniáticos con tendencias proféticas, Conselheiro abundaba en una oratoria exaltada e incongruente, con visos de apocalipsis. La turbamulta le escuchaba, entre raptos de exaltación devota, explayarse en declaraciones como ésta:

"En 1899 quedarán las aguas ensangrentadas, y el planeta ha de aparecer en el naciente con el rayo de sol hecho una rama que rozará con la tierra, y la tierra en algún lugar se rozará con el cielo.

"Ha de llover una gran lluvia de estrellas y ahí será el fin del mundo. En 1900 se apagarán las luces y ahí será el fin del mundo. Dios dice en el Evangelio: Yo tengo un rebaño que anda fuera de su aprisco y es preciso que se reúna, porque hay un solo pastor y un solo rebaño."

Ya se ve asomar el estilo común a cualquier pastor adventista, con su filosofía catastrófica. Lo que había de extraordinario era el aspecto desaliñado y casi fúnebre del profeta, con sus melenas lacias caídas sobre la frente, el semblante de ayunador y unos ojos relumbrantes que hipnotizaban al populacho. Conselheiro vestía una sotana negra poco limpia. Su voz aguda se exaltaba hasta la declamación del histrionismo. Por lo demás, enseñaba el menosprecio de la vida y de los bienes terrenos. Y como el mundo estaba

por llegar a su fin, las leyes morales quedaban desde luego en moratoria. Su conducta personal estaba fuera de toda sospecha; pero a su amparo aquella runfla de vagabundos y ramera vivía más allá del bien y del mal.

La resistencia armada

Allá por el año 1895, llegaron a Bahía, la capital del Estado de este nombre, denuncias oficiales contra la banda de Conselheiro. El gobernador las desestimó por tratarse de asunto tan insignificante. ¿Quién podía ser el tal Conselheiro? Un "iluminado" más de esos que soliviantan a la chusma ignara con mensajes del otro mundo, mientras el apóstol se da buena vida con las beatas de mejor parecer. Pero los mensajes de la autoridad local se pusieron más urgentes, y entonces la autoridad estatal mandó un piquete de policía rural a disolver a planazos a los infelices. Fueron recibidos a golpe de cachiporra, en la punta de las horquetas y a pedrada limpia. Las fuerzas del orden volvieron bastante descalabradas y sangrando a dar cuenta de la mala acogida que se les dispensara.

Pasaron los años, Conselheiro y su séquito derivaron hacia Canudos y allí se establecieron a pie firme. El poblacho comenzó a crecer como por milagro. De todo el contorno acudían los neófitos, aportando sus bienes: piños de cabras u ovejas, junto con sus enseres domésticos, y las provisiones frescas de rigor. Un día tras otro aparecían nuevos conversos trayendo unas cuantas reses por delante para renovar la provisión de carne fresca; otros llevaban a cuestras maderas de construcción, clavos, herramientas, planchas de calamina. Todos eran igualmente bienvenidos.

Porque Conselheiro era ante todo un constructor. A pesar de sus predicciones de una liquidación universal, lo primero que hizo al instalarse en Canudos fue comenzar la construcción de una basílica mucho más sólida y amplia que la antigua iglesia. Uniendo la finalidad religiosa a su misión de guardián de la fe, mandó levantar sobre la flamante catedral dos altas torres que sirvieran de atalaya y hasta de bastión para francotiradores. A esto seguiría un sistema circundante de fosos y trincheras en la parte de la población, que con eso quedaba encerrada en el arco de defensa natural que le ofrecía el Vasa Barris. Por último, fortificó los pasos y quebradas que conducían a Canudos por el norte, el sur y el oriente.

Una segunda campaña punitiva contra Conselheiro resultó en otro fiasco. En 1897 el Gobierno federal entró a participar en la guerra contra Canudos. Se organizó una expedición con un núcleo de tres mil hombres de las tres

armas, pues los reforzaría una batería de cureñas de campaña y hasta un cañón de sitio. Fue designado jefe el coronel Moreira César, al que había ganado renombre nacional su carácter violento, y cosa más sugestiva aún, su espíritu atrabiliario e indisciplinado. Era un hombrecito de poco cuerpo pero de naturaleza resuelta. Otro rasgo que lo asemejaba a los grandes capitanes de la historia era que padecía de epilepsia, igual que su tocayo el romano y Napoleón Bonaparte. Para seguir el estilo sucinto del autor de la Guerra de las Galias, pero al revés, se puede resumir la expedición Moreira César diciendo: fue, lo desbarataron al primer encuentro, le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica al borde del camino.

El autor de "Os Sertoes" era de profesión ingeniero militar, y como tal merece ser oído también en esta materia. A su juicio, los sucesivos y vergonzosos fracasos de las fuerzas regulares contra el hampa armada de Conselheiro, provinieron en primer lugar de excesiva confianza, que degeneraría en imprevisión, falta de planes definidos y mala coordinación. Según el decir siempre gráfico de Da Cunha, el ejército expedicionario iba ya derrotado antes de atacar a Canudos. Se les agotaron los víveres, y en el momento crítico faltaron las municiones.

Del lado de los fanáticos, todo conspiraba en su favor. La obediencia ciega a un jefe único, el coraje frenético de cada miembro de las guerrillas, su movilidad y destreza en terreno de sobra conocido, todo le proporcionaba ventajas en la refriega. El fuego graneado acosaba a los invasores desde cada altura, de los desfiladeros por donde debía pasar la tropa de uno en fondo. Privados de sueño y faltos de alimentos, los soldados regulares se desmoralizaron pronto, y abandonaban sus armas y huían a la retaguardia al primer amago de un enemigo invisible. Hasta las mujeres de los defensores ayudaban a cargar las armas, y entre los combatientes de Conselheiro había chiquillos de diez años o menos. Como en Fuenteovejuna, Canudos entero se batía contra el invasor.

El desastre de la tercera expedición casi provoca una revolución en Río y otros puntos del Brasil. Una neurosis colectiva veía conspiraciones monárquicas por todos los ámbitos del país; y a la vuelta de mucho tiempo perdido, la opinión pública, movilizada por la prensa, logró que el Gobierno encomendara la dirección de la campaña al Ministro de Guerra, mariscal Carlos Machado de Bittencourt. Da Cunha lo describe como hombre frío, tocado de un escepticismo sereno e inofensivo. Militar a derechas, se mostró más

tarde capaz de arrojarse a los mayores riesgos. No era un brabucón ni un pusilámine.

Se juntaron contingentes de todo el país, concentrándolos en la capital de Bahía, bajo el comando directo del ministro. Con esto llegaron a reunirse hasta cinco mil soldados de las tres armas, ¡para combatir a una poblada harapienta y hambrienta, galvanizada hasta el heroísmo por una devoción sobrehumana a su caudillo y profeta, Conselheiro! Las distancias a través del desierto, la rudeza del clima y demás obstáculos inherentes a tal campaña, debían alargar en más de un año las operaciones, llevando la lucha en un crescendo brutal hasta el exterminio de lo más viril y arrojado de ambos bandos.

De Queimadas a Monte Santo, ya a la vista de Canudos, el avance del ejército expedicionario fue como una caída en el vacío. El enemigo se había hecho humo. No se encontraba un alma en leguas y leguas de montes y quebradas. Únicamente por las noches, en el reposo del vivac, aparecían de repente surgiendo de todos los puntos, lo que hoy llamaríamos "comandos" de asalto, formados por una o dos docenas de "yagunzos" del páramo, que se abalanzaban disparando sus armas o atacando con la lámina fría de sus machetes, entre imprecaciones de odio y protestas de su fe en la ayuda divina y la de su Consejero.

El pánico volvía a hacer presa en las tropas veteranas que antes probaron las mismas tácticas en carne propia, y sólo la firmeza de sus jefes y el arrojo de la joven oficialidad, que tomaba las posiciones más expuestas, logró convertir ese desmayo momentáneo en una resolución desesperada hasta la barbarie. Se ejecutaron muchos pelotones de prisioneros; peor todavía, hubo mujeres y muchachos adolescentes entre los que fueron arrastrados al fusilamiento.

—¿Qué muerte prefieres? —le preguntan a un condenado, uno de los caudillos de la resistencia.

—A tiro —contesta, con la sobriedad espartana de la lengua popular.

—Pues, no, ha de ser a cuchilla —le replican, a sabiendas de que los fanáticos temen particularmente esta clase de muerte, por suponer que así el alma del difunto no llegará a gozar de la gloria.

En otra ocasión las tropas toman prisionero a un asaltante de no más de diez años de edad, un Gavroche indígena que ha tomado aires de matón impenitente. Al interrogarle acerca de qué lo llevó a cargar armas, refunfuña en su dialecto de brabucón precoz:

—E porque nao? Pois si havia tribuzana velha!... Haverá de levar pancada, como voi acuado, e ficar quarando atõa, quando a cabrada fechava o samba, desautorizando as praças?

(—¿Y por qué no? ¿No había pelotera de por medio? ¿Había de aguantar picana como buey acorralado, y perder la ocasión cuando los guapos hacían su agosto, llevándose por delante a la tropa?).

Una de las virtudes del autor de "Os Sertoos" es el uso vigoroso de las expresiones populares, en enérgico contrapunto con el empleo de un estilo descriptivo magistral y una cultura histórica y científica de primeras aguas.

El Escarmiento

El desenlace de la tragedia rústica de Canudos estaba previsto por la fatalidad. Las fuerzas del orden, que en el decir de Da Cunha llevaban el mensaje de la civilización en la boca de sus rifles Comblain, lograron dominar al fin a los sitiados, bombardeando sistemáticamente sus posiciones e incendiando barrio por barrio del miserable aduar del desierto donde se hallaban atrincherados. Las torres de la iglesia se derrumbaron bajo unos cuantos certeros disparos, y con esto vino el colapso total. Los combatientes entregaron primero sus ancianos y sus inválidos, a fin de no tener bocas inútiles que mantener, y pelearon hasta el último hombre útil.

¿Y el Consejero?

Sólo después de la rendición vino a saberse que Antonio Méndez Maciel había muerto un mes antes, a principios de septiembre de 1897, a consecuencia de una desintería, pero más bien agotado por el ayuno y la pesadumbre de su fracaso. Se desenterraron sus restos y como debía fatalmente ocurrir, se creyó satisfacer "la vindicta pública" cortando la cabeza del cadáver y enviándola a la capital.

Lo demás es ya historia. El Gobierno del mariscal Peixotto recogió la lección y procuró enmendar rumbos con una política de orientación nacional, que acaso había de dar su más maduro fruto en nuestros días con la fundación de Brasilia, la nueva capital del hinterland brasileño. En cuanto al autor de "Os Sertoos", recordemos que de la experiencia de su corta vida y de las profundas reflexiones estimuladas por sus estudios, extrajo una obra impregnada por igual de pensamiento y de pasión generosa.

Su muerte ocurrió poco después de escrito su libro. Meses antes había renunciado a su carrera en el ejército, como una protesta por la despiadada

represión de los rebeldes de Canudos. En su sentir, la culpa de éstos era menor que la de los elementos cultos de la nación, que los dejaran en el abandono y la miseria.

"Os Sertoes" puede leerse con provecho en cualquiera de nuestros países y dondequiera que haya en potencia elementos de anarquía y de desorden, provenientes de un desarrollo desorbitado y como consecuencia de desigualdades tremendas en la cultura y los medios de vida de los diversos componentes de la nacionalidad.